

# CULTURA LIBERTARIA

Año I.-Nºm. 4.

BARCELONA, 27 DE NOVIEMBRE DE 1931

Redacción y Administración: Urgel, 42 (prov.)

## COMENTARIOS

### Jugar con fuego...

A propósito de los trágicos y dolorosos sucesos desarrollados en el bar de la calle de Urgel, los domésticos de la Prensa de empresa se han lanzado, con gran vehemencia, a un ataque feroz contra los llamados extrajudiciales, los torturadores y los supuestos atracadores, al mismo tiempo que se dedican a exaltar a la categoría de héroes a la policía que se impone en la lucha a la justicia y al hombre. La defensa姑la y desvergona que Mariano Pérez hizo de su vida, a los despreciables lacayos del periodismo burgués les ha merecido un comentario vil, como de su alma de tarifas. Un hombre que se ve perseguido, asediado y acorralado por docenas de sicarios, por centenares de guardias de asalto, les hace frenético a todos, con un valor asombroso y con una gallardía admirable, y que, antes de caer, con vida en las garras de las implacables fieras que le persiguen, con la última bala que le queda en el revólver se levanta la tapa de los sesos, exultando, con este gesto, violento y magnífico, que sus torvos enemigos tuvieron la veñáñica satisfacción de torturar y ensañarse con su cuerpo; este actitud tan valerosa, repelente, ha merecido un comentario mezquino de los domésticos de la Prensa burguesa. En cambio, nos aturden con sus alabanzas serviles a los esbirros al servicio de la República, que, con alguna excepción, son los mismos que en tiempos de la monarquía ametrallaban a los obreros y a los estudiantes que luchaban desinteresadamente contra el infame poder borbónico; pero solo, en verdad, en uno u otro régimen, solo sirven para la defensa del capitalismo y del Estado. Y para que se vea el cinismo y vilidad de estos lacayos del periodismo, vamos a reproducir una linea de «Crisol», de Madrid, que son de «Cronistas barcelonesas», firmada con el seudónimo «Puk»:

«Y es que por algo está al frente de esas fuerzas un espíritu tan republicano, tan íntegro y tan varonil cumplidor de su deber como don Arturo Menéndez. Quien es la antítesis de Arlegui. Aunque los extremistas no quieren econocerlo. Ya lo recordarán la opinión que acogió la llegada de los guardias de Asalto a la calle de Urgel con un aplauso cerrado. Así terminó suelogio a la fuerza al servicio de los poderosos ese desvergonzado sujeto que tan deseanamente falta a la verdad. ¿Qué don Arturo Menéndez es la antítesis de Arlegui? ¿En qué consiste la diferencia? ¿Se refiere a que el uno está muerto y el otro está vivo y coleando? ¡Altude, necio, a que el yeso Menéndez era el que daba la cara y asumía la responsabilidad única de sus crímenes! ¿Quiere decir que éste, en persona era el que llamaba a su despacho de jefe de policía a los anarquistas y sindicalistas destinados a sufrir los martirios y a ser víctimas de la ley de fugas, y gozaba como un monstruo dándoles la terrible noticia? Si es esto lo que se quiere significar, no tenemos inconveniente en reconocer esta diferencia de procedimiento entre uno y otro jefe de policía. Pero, ¿es que en lo esencial, en lo objetivo, existe una diferencia notable? Nosotros no la sabemos ver por parte alguna, y, si no, veanlos los hechos acordados en estos últimos tiempos.

«Cuando los gobernantes actuaron viendo que plateros jesuitas o republicanos se consideraron ante los subordinados del señor Menéndez. Don Arturo quiso sincerarse y sacudirse la responsabilidad de tan abominables crímenes ante la opinión pública, pero si él dimitió el cargo ni fueron castigados los culpables. ¿Qué significa este hecho? Es lógico, cuando de hechos tan graves se trata y uno no quiere verse envuelto en ellos y no considera que sea su deber inmediatamente consiste en poner en clara la conciencia y señalar públicamente a los verdaderos responsables, a fin de que no puedan quedar impunes tan repugnantes crímenes. ¿Lo hizo así? No. Común en su puesto; mandando a los que habían ejeculado la obra de destrucción y de muerte.

A partir de estos dolorosos hechos, se puede decir, sin exageración, que los calabozos de la Jefatura de Policía fueron otros de tortura y martirio para los anarquistas y sindicalistas que caían en manos de los defensores del orden burgués. Infalliblemente la sangrienta impunidad en que se habían librado aquéllos incluyendo las dos agujas y brotes a los sicarios de la República, hasta la barbarie a los detenidos, hasta dejarlos sin sentido y desangrándoles en el frío suelo. Y no se diga que los que han sido objeto de malos tratos tienen antecedentes de atracadores, porque sabemos de muchos camaradas, entre ellos están Celolla y David, que jamás han intervenido en nada de esa naturaleza, y, sin embargo, al compañero Celolla, de una paliza brutal, le rompieron un brazo, y a David le trataron también de una manera salvaje. Que se diga de una vez que con el pretexto de los atracos se van querer desprestigar ante los ojos ingenuos de los trabajadores, y así poder destruir más fácilmente la Confederación Nacional del Trabajo.

Para nosotros, que no podemos engañarnos, las apariencias, la diferencia que podemos apreciar entre el actual jefe de Policía, señor Menéndez, y Arlegui, es más de forma que de fondo. Arlegui decía, con el mayor desdén y cinismo: «No dejaré vivo ni uno solo de los anarquistas y sindicalistas, y destruiré en absoluto la Confederación». Pudo asesinar a muchos nobles compañeros, pero no consiguió lo que se propuso aquél vesano, que murió torturado por la locura y el espanto que le producía la sombra trágica de sus víctimas. Y el señor Menéndez, muy deviatoria y muy republicano, puede alegar ignorancia y desfigurar los hechos que realizan sus subordinados, calificándolos de exagerados, como lo hace ese servil cronista de «Crisol», de Ma-

drid, a que nos referimos más arriba; pero, en realidad, lo que observamos en este jefe a la moderna, es falta de franqueza para decir la verdad, y no tiene el suficiente valor para llamar a los cielos por su nombre. ¡Pero todo se andará! —Vicálvaro, señor Menéndez!

Algunas veces creímos los comandos

de la policía, ya satisfechas y se encarar

abiertamente con la realidad.

Ahora, que la ofensiva brutal que lleva a cabo mor sus subordinados contra los elementos de la Confederación, en los otros de la Jefatura de Policía, tenía que traer, forzosamente, consecuencias graves e insospechadas, pues el hombre que no ha perdido el instinto de conservación y tiene un arma para defenderse, lo lógico y natural, antes de caer en manos de sus verdugos, que azotarán su cuerpo y machacarán sus carnes, es defender su libertad y su vida y morir matando. Lo que ha ocurrido, pues, en la calle de Urgel estaba desentendido, era fatal que sucediera. Lo que hace la policía, de un tiempo a esta parte, es jugar con fuego... La organización obrera confederal y los hombres de conciencia libre y de sentimientos nobles hemos de iniciar una verdadera cruzada contra los bárbaros apedreantes de la Jefatura de Policía y contra esa caza al hombre que se lleva a cabo por los sicarios de la República. Por la libertad individual y sindical, por la sagrada respeto a la personalidad humana, por el derecho a la vida, disminuir la violencia del espíritu del pueblo proletario. Nuestra existencia y nuestra tranquilidad no pueden estar en medio de una tiranía como Anguera de Sojo ni del más insignificante estímulo a las órdenes de Menéndez. Hay que despertar la emoción humana en las masas populares para arrancar de una vez con esos procedimientos, reñidos en absoluto con los más elementales principios de justicia y de humanidad.

FRANCISCO ARIBA

## LA SITUACION

Es un fenómeno que se produce en todos los tiempos: las grandes masas se mueven siempre siguiendo las características, el ritmo imperante en cada situación, en cada momento de la vida de un país. Seguir la corriente predominante, de flujo o de refljo, equivale para ellas a suprir la carencia de iniciativas, así como la ausencia de una noción exacta de los problemas, una manera de eximirse de la responsabilidad de tomar resoluciones extremas que pudieran ser su salvación cuando aun es tiempo.

Lo que se ha dado en llamar intuición, instinto certero de las masas, no es más que un resplandor fugaz, una llama que se extingue si la atmósfera está enrarecida o que, por el contrario, se convierte en un incendio que se propaga voraz si se produce la coincidencia de que sopla el viento en cualquier dirección.

No. Las masas, por si solas, jamás, en ningún momento de su historia, tienen el sentido de sus destinos, tener conciencia de su responsabilidad, nacerán del conocimiento que vivian. Las masas no obran, responden. Para obrar es necesaria tener conciencia de la acción. Para que las masas se sientan cumplidas en sus posiciones, es preciso que antes las hayan removido los efectos de una preparación psicológica que las pise, efectos que se traducen en un estado de opinión que condensa la imagen de lo que las multitudes sienten y acierten a ver por todas partes en momento dado, dondequiera que miren.

Dicir que los instantes actuales, por ejemplo, son propicios como nunca lo fueron a la revolución, es decir una verdad inconscusa; pero decir una verdad no es hallar una solución a los problemas.

Son instantes revolucionarios todos aquellos en que el régimen de un país no ha hallado aún su centro de gravedad y en que el gobierno no ha conseguido todavía que la representación que ostenta haya sido ratificada y reconocida por todo el país. Lo son igualmente cuando un gobierno, un régimen llegado a caducidad, para sostenerse tiene que gobernar contra la opinión, amparándose en la fuerza que le prestan los asesinatos de esclavos. Lo son aun cuando el gobierno, al tener que abortar su acción, se vuelve de infelizmente opuesto por las masas. Los políticos que dejan las cosas igual que estaban, con la diferencia de que ha de recurrir a la dictadura para darlo del pueblo que le encierra.

En líneas generales, a los ojos de la lógica, es situación revolucionaria, sin disputa y sobre toda otra, aquella en que el pueblo, reducido a un estado de extremada miseria, si es que no quiere perecer, socialmente hablando, víctima

de su apacamiento, se decide a ser dueño de su propia enfermedad y se dispone a poner en práctica la solución aconsejada por las circunstancias. Por consiguiente, la necesidad debiera ser la gran incubadora de revoluciones y la ocasión, la partida.

Por qué, pues, no escucha el pueblo la voz de la necesidad cada vez que en la historia se manifiesta de manera inaguantable?

Este es el quid de la cuestión. El pueblo, la clase obrera, las muchedumbres, los componentes heterogéneos son otras tantas expresiones vagas que no sirven para nada. Si los individuos se agrupan, pasan a constituir organizaciones, no lo hacen mayormente porque les nubea el impuso de un ideal común, de realización remota; sino a las organizaciones porque les impide una necesidad y ven en ellas una garantía amparada en la fuerza del número porque esperan hallar en el resto de la sociedad que les hallan en el esfuerzo ardiente porque se unen al riesgo al alzarse a la lucha. Los gobernados lo saben y por eso sus primeras medidas tienden a apartarse para si una seguridad que se convierte en su pérdida de hollarse en manos de quienes quieren destruirle; por eso los gobiernos, no afreviándose a desmoronar descaradamente las organizaciones obreras, hallan más cómodo dificultar sistemáticamente su desenvolvimiento, encarcelando a los disidentes; arrojando el descrédito sobre los militantes que las orientan; tratando, mediante procedimientos de infundir astucia, de hacer que las masas aparten su atención de las minorías que les comunican su color, su fe, hasta que caen en la indiferencia y en el desaliento.

La historia registra casos en que los gobiernos, queriendo sembrar la división entre los militantes de las organizaciones obreras, distribuyen hábilmente entre ellos agentes provocadores y confidentes. Así las cosas, viene un momento en que los militantes llegan incluso a las manos y uno en el instante —justamente en el instante— en que las autoridades, por otro lado, emprenden su ofensiva, en gran escala.

La prensa burguesa hace de cronista de las proezas gubernamentales —para eso cuenta del fondo de repóles—, fastidia a su lector exactamente cuando las victimas de la represión se ven privadas de premio desde donde defendense, teniendo que aguantar a pie firme el charro.

La opinión pública, completamente en Babbia, no poseyendo más información que la de la prensa a sueldo, suscribe la versión oficial y se pone de parte de las autoridades y en contra de los perseguidos.

Mussolini, al principio de su dictadura

## CONCRECIONES

### La impotencia de los comunistas

El comunismo estatal no será tampoco el artífice de la revolución social en España. No puede serlo, en la medida en que no se oponga a la fuerza de clases y en la revolución social se opongan las fuerzas burguesas, pues sus importadores fueron gente sin pudor que no tuvieron más oriente que el desprecio y los propósitos inconfesables, y aun temían ante nosotros el espectáculo vergonzoso del pueblo de los campesinos, que frenan a los comunistas divididos en tres sectores, que no dejan de atacarse mutuamente con una saña feraz.

En segundo lugar, el comunismo no puede ser una solución al problema político-social de España, precisamente porque su ideario es inadaptable a la psicología occidental, y mucho más a la ideología burguesa, y mucho más a la ideología del pueblo español, y un ideario que no se adapte, es decir, que no halle asiento en la conciencia de las masas, es incapaz de operar una revolución social.

La inestabilidad colectiva de la C. N. T., empujada constantemente por los vendavales desatados por los regímenes de opresión, no ha sido motivo para el desarrollo del partido socialista y de la U. G. T., que no han podido evitar que las masas obreras se sintieran siempre atrajadas por la ideología y las tácticas de la C. N. T. y de los anarquistas, luctuosa y tonta, las masas trabajadoras tienen el sentido intuitivo de las cosas, y con una cierta precisión, han llegado a comprender que el socialismo autárquico sólo puede interesar a la pequeña burguesía, condenada por la sociedad capitalista a vivir en peores condiciones de existencia, tanto en el orden moral como en el económico, que las que disfruta o sufre el proletariado manual. Allí está el secreto de por qué el socialismo de Estado no se realiza con el ritmo acelerado que anuran las revoluciones. Los socialistas no se refieren a los dirigentes ni a la población socialista, ni a la ideología socialista, porque la ideología burguesa y los dirigentes burgueses a la burguesía italiana, en los sectores más progresos, políticos-sociales de la sociedad capitalista, el radio de acción a las posiciones de bienestar social, con elocuencia summa que, al calor de la colaboración de clases, la sorprende.

En cuando todavía toleraba cierta presa de oposición —en este instante a los bolcheviques—, empleó un procedimiento curioso para dar la sensación de que en Italia había libertad de prensa. No estableció la revolución comunista, pero cuando un periódico publicó algo que consideró molesto para su importante persona, hacia secuestrar la edición entera; al director se le suspendía la publicación. Al director lo metía en la cárcel para que se dedicara a estudiar la filosofía de Pitágoras y Zenón.

Las masas ven en las organizaciones la seguridad y la garantía de defensa colectiva necesaria a sus finísimos intereses de desaparecer. Esa garantía y aquella seguridad desaparecen en cuanto las organizaciones tienen que recurrir a la clandestinidad y cuando esto acontece, los verdaderos proletarios, son los finalistas de la República, que ni es socialista ni comunista ni tiene nada que sea compatible con el temperamento del proletariado español.

Pero las masas obreras se sienten hasta más conquistadas por los anarquistas que por cuantos ellas, a medida que pasa el tiempo, van viendo claro que el caso de Rusia no es la revolución social de un pueblo, sino el traspaso de poderes y de los medios económicos a la pequeña burguesía, constituida en Estado. Para las masas trabajadoras de España, cada día es más evidente que la revolución, en Rusia, se hizo por el pueblo y para las clases medias, es decir, para los abogados, profesores, médicos, ingenieros, etc., etc., etc., que despidieron los soviets, integrados por los verdaderos proletarios, son los finalistas de la República, que ni es socialista ni comunista ni tiene nada que sea compatible con el temperamento del proletariado español.

Que la revolución operada en Rusia no ha sido nunca una revolución de tipo socialista, en que el productor disfruta del producto de su esfuerzo. Ya hemos dicho, repetidas veces, que el de Rusia es un caso de nacionalización de las fuentes de riqueza y de toda la producción—nos queremos enfrentemos en desmentir este último extremo—, donde el capitalismo de Estado ha suplantado al Estado capitalista. En Rusia subsiste aún el salario, y las clases sociales desaparecidas por la revolución han sido substituidas por otras clases sociales, por otras castas distintas al proletariado que, como en el Estado capitalista, sigue siendo inferior, económica, política y socialmente.

Esta es la impresión general del proletariado español con respecto al caso de Rusia; y con una impresión de esta naturaleza, que implica la convicción de que el socialismo autoritario, aun con la prometida marcha hacia la libertad aspirada por los anarquistas, no es la revolución social ni es ninguna garantía de manumisión en ningún orden, es difícil, cuando no imposible, que los comunistas logren captar a las masas. Y, si las masas, entre las cuales salen las verdaderas masas audaces, no se pueden pensar en la revolución en España, y menos si ésta ha de ser de tipo social.

Los únicos que por su fuerza están capacitados para resolver el problema político-económico-social de España, son los anarquistas. Es más: tenemos la convicción de que los anarquistas, en un plazo relativamente breve. Pero también estamos convencidos de que para tal empresa no basta sólo con la fuerza. Antes será preciso resolver el problema que está planteado ante las distintas tendencias del anarquismo.

Y nosotros nos hemos propuesto hallar la solución de ese problema. Nos lo hemos propuesto y esperamos conseguirla.

AUSTIN GIBANEL

J. PEIRO

# Franqueza y sentido de responsabilidad

Grande un juramento de amigos y compatriotas decidimos adherirnos al Manifiesto Bautizado de los treinta y que fué publicado en Barcelona con la firma de numerosos miembros de la Confederación, nuestra actitud significaba algo más que una adhesión platonica a un documento con cuyos extremos nos sentíamos identificados; significaba la decisión de que la C. N. del T., a través de los sindicatos de nuestra localidad en el seno de los cuadros militares, diera la sensación a los trabajadores de que sabía a dónde va y qué es lo que quiere, y probándolo sobre hechos y demostraciones mejor que sobre media docena de palabras las que, por magnificas que sean, a fuerza de repetirlas y humoescas sin añadirles el complemento de una acción seria, responsable y realista, acababan sirviendo de circulo vicioso que atenazaba nuestras actividades fastidiando a los demás y hasta a nosotros mismos.

Entendemos, y seguimos en nuestra opinión, que si los sindicatos de la Confederación son organismos de lucha y de defensa de la clase obrera y en cuyo seno están todos los trabajadores sin excepción, deben ser los sindicatos que establezcan que las Directivas sindicales, juntas o Comités, tengan en cuenta para sus funciones el sentir general de la Asamblea de su sindicato, actuando por consecuencia según estos sentimientos o dejando los cargos directivos cuando la opinión o las ideas personales de los dirigentes, en lo que son cosas fundamentales para la Confederación, estuviesen en pugna con el sentir de la masa sindical.

En otro aspecto, defendimos y seguimos defendiendo que los sindicatos de la Confederación no son organismos de la Federación, que siendo constitutiva de la manifestación de tendencias, en el seno de la misma, pudiesen, a menos de irrogar grave daño para la unidad sindical, una tendencia, teórica o ideológica determinada poder imponerse a las demás, por ningún otro procedimiento que no fuera el de ejercer las determinaciones de la mayoría de las Asambleas sindicales, teniendo en cuenta que, habiendo sido mantenidos en los Congresos Nacionales las tácticas, principios y finalidad de la Confederación Nacional del Trabajo, en este aspecto, como elementos integrantes de la misma, todos los sindicatos, empezando por los puestos directivos, se deben al mantenimiento de aquellas orientaciones. Unicamente así es como la leva de mayoria y de disciplina sindical empieza desde abajo, para terminar en el plano nacional de nuestra organización.

De ninguna manera queríamos ni queremos significar en nuestro sentir que existe una de las tendencias que se agitan en nuestros sindicatos ha de ser aniquilada, lo que sería hacer otra tanto con la iniciativa y la manifestación del pensamiento individual; pero si que, teniendo cada individuo un derecho indiscutible a expresarse tal como siente ante su sindicato, la aceptación de sus ideas y exposiciones, han de estar forzosamente sujetadas a la apreciación de las Asambleas, y ello, tanto por la homogeneidad sindical como por democracia y federalismo en total la pureza de la palabra, interviene bien que nos situemos sobre una plataforma segura. En primer lugar, porque hacemos de nuestra Confederación lo que las multitudes obreras organizadas en su seno quieran que ella sea. Además, la firmeza de nuestras convicciones y la bondad de nuestra po-

sición sindicalista y libertaria nos dan el suficiente valor para defenderlos y afirmarlos sin necesidad de recurrir a otros procedimientos que no sean los de una plena discusión en las Asambleas sindicales.

A simple vista, estas manifestaciones más pueden parecer superficiales; seguramente que, hablando de tendencias y de incompatibilidades de criterio en el seno de nuestra organización, nos hallaremos ante la paradoja de que nadie, ni individuos, ni fracciones, querrá pasar por la acusación de haber alguna vez vulnerado estos principios de democracia sindical y de disciplina social. Y sin embargo, nosotros, amigos, haremos de convencer en que algo ha sucedido y acaso viene sucediendo aún, que nos haya obligado a formar el cuadro, a buscar un contacto deudos entre todos los que de la organización obrera, de la C. N. del T., de sus intereses morales y de sus acciones, tenemos una cantidad de criterio y convicciones en el modo de interpretar y de juzgar las cosas. No hacen más que lo que otros han hecho anteriormente, como nosotros, lo juzgan mejor.

No interesa, al adoptar nuestra actitud, que todos, camaderos y adversarios, más o menos declarados, supieran como pensamos. Y que se enteraran bien pronto, todos los trabajadores adictos a nuestros sindicatos y amantes de la Confederación.

Lanzamos un Manifiesto a la calle que nos insultaron a mucha, si no que casi la mitad de nuestra masa de personas, y para condonarnos, a falta de otras armas, se ha apelado a la berguerización al insulto, cuando no a la amenaza. Nos es indiferente, y la honradez de nuestra actuación sindical nos sirve de coraza.

Nos inquieta una cosa: es el desinterés

y deseo de que el grano de las masas obreras organizadas dan pruebas en todo

lo que son problemas internos de la organiza-

ción, cuando precisamente las co-

sas han llegado a un extremo tal, que

únicamente la decidida intervención de

los abajo puede obligar a los que están

atribuida a interpretar el sentir general de

la federación, a modificar su dirección.

Incidencia y desvío que debilitan

mucho a poco nuestros sindicatos, y que

contribuyen en gran parte, a nuestros descalabros frente a los enemigos del pro-

letariado.

A evidentemente, si ha habido una razo-

nica que nos indujera a estrechar

nuestras relaciones con todos los firmantes

del Manifiesto y partidarios de la

orientación de CULTURA LIBERTARIA,

ha sido la de que no podemos contemplar

ni nos tenemos bien que nos situemos

sobre una plataforma segura. En primer

lugar, porque hacemos de nuestra Con-

federación lo que las multitudes obreras

organizadas en su seno quieran que ella

sea. Además, la firmeza de nuestras

convicciones y la bondad de nuestra po-

sición, sabemos se ingenieran en cantidad;

Argументos en contra de nuestra po-

sición, sabemos se ingenieran en cantidad;

Manresa, noviembre.

# Con finta ajena

Un buen trato

## LOS GENERALES PROCESADOS A CASA

La Subcomisión que entiende en el golpe de Estado ha presentado al Pleno el informe médico redactado por acuerdo de dicha Subcomisión cerca de los generales que se encuentran en Prisión Militares.

Como dice el dicho informe se dice, al parecer, que, salvo el de Pristos Márquez no reúne condiciones para abrigar a personas de edad avanzada que habrían salvado la Comisión de Reconocimientos ni, efectos, a la especulación libertaria, doctrinal, que a la actuación sindical, sea en el campo, en el cual se encuentran al pie del cañón o de la oportunidad de cualquier invocación en la estructura orgánica de la Confederación Nacional.

Tal vez los primeros, al ver más de cerca el conjunto heterogéneo de las multitudes proletarias, y tratar de que estas varían determinantemente, cada vez más, en armonía con la concepción que de la sociedad tienen los anarquistas y de que sea cada día más estimado y comprendido el ideal; dan a sus intervenciones y actuaciones una mayor flexibilidad, proceder necesario si se quiere considerar que existe una enorme diferencia entre gentes que se mueven a impulsos múltiples y de entre los cuales es el menos intenso el de mayor valor: el del ideal libertaria; y la actuación de un contingente selecto que tiene un ideal común y que dispone el interés material y las satisfacciones materiales.

Las diferencias de la lucha, la complejidad y multiplicidad de los problemas y su apreciación distinta, consecuencia de operar desde planes y situaciones distintas, dan como resultado crisis de mutua confianza y dualismos irreconciliables.

Un caso de estos es el que viene ocurriendo con la apreciación que se tiene de las Federaciones de Industria. La oposición ideológica más a la desconfianza que a la necesidad de destruir, más a las difamaciones que a la promoción de razones formales que permitan impugnar seriamente la necesidad de completar con las Federaciones de Industria la organización confederal.

Si hay verdaderas razones escapan a nosotros, ya que por ninguno son expuestas y se manifieste cada día más la conveniencia de las Federaciones de Industria.

Ex desde luego injusta la acusación de maquinarios innovadores y amigos de lo exótico que se nos lanza por los que no comparten la idea de las Federaciones de Industria. No es una minoría la innovación, sino necesidad que exige satisfacer la evolución y para los anarquistas la palabra exótismo no puede utilizarse como se ha hecho en este caso, pues si bien la iniciativa parte de un intelecto francés, es aquél parte integrante de la larga familia proletaria de la A. I. T. No es, pues, cosa extraña, sino algo muy propio. Además sería útil recordar que no es precisamente en España donde el movimiento obrero en el pasado motivó las directivas generales de la lucha de clases. No debiera olvidarse tampoco que cuando la Federación Local de Barcelona en 1907 fundó el semanario «Solidaridad Obrera», lo hizo para propagar entre el proletariado del país las ideas que ya entonces eran comunes entre los trabajadores franceses. No puede negarse la enorme influencia que en nuestro movimiento sindical tienen los escritores como Pouget, Yvelot, Sorel, Leone, Fabrini y otros, aparte nuestros Melia, Lorenzo, Tarrida, Prat, etc.

Es obvio también que el carácter individualista de nuestra burguesía y su desarrollo del capitalismo universal, no dan aquí a las organizaciones industriales patronales un valor excesivo.

«Quién podrá durar esto?» era la afirmación?

Desde Critica Linogravura, se dará en su próximo número un estudio de la situación de nuestra industria y veremos camaderas que la organización patronal y la influencia de las empresas es mucha más perfecta de lo que se considera, y su influencia enorme.

Desgraciadamente los obreros nos preocupamos muy poco de conocer profundamente, en todos sus detalles, la organización de aquellos a quienes venimos a combatir. Y por ello podemos caer en inferioridad y esterilizar todo el esfuerzo de que somos capaces.

## TÁCTICAS

# Federaciones de Industria

Hasta—dicen—el movimiento de los sindicatos extremadamente pesado y tenso. No es justo tampoco esta afirmación.

La última huelga de la Metalurgia en Barcelona demuestra que el trabajo y la actividad no cesan porque cada uno de sus movimientos, al alterar la marcha de todos los demás, necesita ser por éstos disueltos y controlados.

Es el mismo caso de la huelga ultima del Transporte en su Sección de Tracción mecánica y de sangre, que no pudo desarrollarse precisamente por la posesión de sus movimientos al arrastrar en cada uno grandes contingentes de obreros de otros sindicatos. Tampoco disuade, como se preleve demostrar, la actividad de los militares; al contrario, da margen para que un número mucho mayor de compañeros participen directa y activamente en las cuestiones sindicales. Logra la labor de estadística y de técnica que desarrolla, que muchos militares que por temor temporal no habían puesto hoy en las filas activas del proletariado tengan un cargo apropiado y para cuya especialidad están bien preparados. Si la ausencia en la huelga sindical motivada por la dictadura y la necesidad de destruir, no se disuirtió, la creación de los consejos de fábrica y la necesidad de establecer el control de la producción, dando a los formaciones sindicistas su valía habían demostrado la inevitable necesidad de cuidar cariñosamente el instrumento más apropiado que es indiscutiblemente la Federación de Industria. Si no tuvieran otros valores, que los tiene innumerables, éste es con relación a la estadística sería por sí mismo suficiente.

En el archivo biblioteca de algún compañero hay claramente buenas colecciones de estadística; pero sería curioso saber qué archivo de sindicato o de Federación los tiene. Por la carencia de ellos nuestros movimientos de carácter profesional no se reivindican materiales son casi ciegos, y no ofrecen como los de carácter moral la seguridad de un objetivo conocido o supuesto conocido.

Se objeta también que el carácter individualista de nuestra burguesía y su desarrollo del capitalismo universal, no dan aquí a las organizaciones industriales patronales un valor excesivo. «Quién podrá durar esto?» era la afirmación?

Desde Critica Linogravura, se dará en su próximo número un estudio de la situación de nuestra industria y veremos camaderas que la organización patronal y la influencia de las empresas es mucha más perfecta de lo que se considera, y su influencia enorme.

Desgraciadamente los obreros nos preocupamos muy poco de conocer profundamente, en todos sus detalles, la organización de aquellos a quienes venimos a combatir. Y por ello podemos caer en inferioridad y esterilizar todo el esfuerzo de que somos capaces.

RICARDO FONSECA

**BOLETÍN DE LA C. N. T.**  
Se ha puesto a la venta el segundo número de esta publicación mensual de nuestra organización.

Precio: Suscripción, año, 3'50; semestre, 1'75. Pedidos, al Comité Nacional, Ronda de San Pablo, 30, 1º, Barcelona.

# Revolución social y reconstrucción económica

(Continuación)

No habrá estudiado ya este enorme y vital cuestión en una serie de artículos publicados en 1899-1903, y a continuación en una obra: «Campos, Fábricas y Talleres». Fué menester estudiar muchas cuestiones conexas para llegar a ese trabajo y aprender muchas cosas. Pero la más importante de todas las conclusiones fué ésta: *Nos encontramos bien lejos de ser tan ricos como se creía cuando al transitir por las calles de nuestras grandes ciudades, veíamos las casas lujosas de los ricos y sus brillantes farolas, y el lujo y desdénido hijo de los grandes afluves y las numerosas masas de paseantes ricamente vestidos. Inglaterra es el país más rico del mundo. Pero si se sumase todo lo que recibe de sus campos, de sus minas de carbón, de sus numerosas fábricas y talleres, y si se dividiese el total entre todos sus habitantes, en fracciones iguales, no se obtendría más que 3 chelines diarios por día y por cabeza, y en ningún caso, más de 5 chelines. Respecto a Rusia, apenas se llegaría a 50 céntimos (un chelín) por cabeza y por día.*

Inférnos, pues, que la revolución social, estalle donde estalle, habrá de considerarse como deber primordial, y ello desde los primeros días, realizando un considerable aumento de la producción. En los primeros meses de la emancipación aumentarán, considerablemente, el consumo de viveres y de todos los mercancías y, simultáneamente, la producción disminuirá; por otro lado, todo país en revolución social estará rodeado de un círculo de vecinos poco amistosos, o de enemigos. ¿Cómo podríamos vivir entonces, si las dos

terceras partes de pan de que Inglaterra necesita son importadas del extranjero?... me preguntaban más de una vez los camaradas ingleses—«¿Cómo podrán marchar nuestras fábricas para comprar pan, cuando carecemos de principales materias de nuestro país?—Y la respuesta era: «En la guerra de Irlanda, cuando se trataba de evitar semejante calamidad. Todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un país, la única salida razonable consistirá en que los obreros de fábricas y talleres, los campesinos y demás reservas de trigo para tres meses, se apoderen de la tierra y la transformen en un campo de cultivo. De modo similar, en la guerra de África, cuando se trataba de evitar semejante calamidad, todos nosotros debemos comprender que en el momento mismo en que comienza un movimiento revolucionario en un



